

## ¿EN DÓNDE ESTÁ TU TESORO? Mateo 6: 19-21

Si yo preguntara ahora mismo: ¿Qué lugar ocupa Dios en su vida? La respuesta casi instantánea sería: “El número 1”. Y si preguntara: ¿Cuánto ama a Dios? La respuesta casi automática sería “con todo mi corazón”, “con todo mi ser”, “con todo lo que soy”, o cosas por el estilo. Si preguntara: ¿Qué prioridad tienen las cosas de Dios en su vida? También, casi sin pensar, escucharíamos cosas como: “La máxima prioridad”. ¿Cambiaría a Dios por algo o por alguien más? La respuesta hasta casi con enojo sería: “¡Claro que no!” Excelentes respuestas; muy espirituales.

Ahora déjeme preguntarle algo: ¿Cuándo fue la última vez que oró a Dios? Estoy hablando de oración, es decir, de pasar un tiempo con Dios, no de solamente recitarle algo, o de solamente pasarle su lista de peticiones. Aquí tal vez la respuesta ya no sería tan automática como con las anteriores. Y si sigo preguntando, por ejemplo: ¿Cuándo fue la última vez que estuvo estudiando y meditando la Palabra de Dios para conocerlo mejor, para conocer su voluntad y para seguir sus enseñanzas? Tal vez más voces se quedarían calladas. Y si todavía pregunto: ¿Qué está haciendo con los dones y talentos que Él le dio; los está poniendo en práctica en la iglesia? Todavía más voces quedarían en silencio. Y si terminara preguntando: ¿En sus finanzas está presente Dios? Algunos hasta se molestarían.

Las respuestas que muchas veces damos a las primeras preguntas es porque el amor que sentimos por Dios es un amor meramente emocional, romántico, si se quiere ponerlo así, pero no práctico. Es mi oración que el pasaje Bíblico de hoy nos ayude a poner en perspectiva nuestra fe para contestar de una manera sincera a estas preguntas y corregir lo que haya que corregir por el bien de nuestro crecimiento espiritual, de nuestro crecimiento en la fe y en el conocimiento de Dios.

Este pasaje forma parte de lo que se llama “El Sermón del Monte” que pronunció nuestro Señor Jesucristo y que abarca los capítulos 5 al 7 del Evangelio que escribe el Apóstol San Mateo. El tema central de todo el Evangelio de Mateo es el *Reino de los Cielos* y el Sermón del Monte describe el carácter de los hijos del Reino. No son los requisitos para entrar en el Reino, sino que son las características que ya tienen los

ciudadanos del Reino. Y cuando esté meditando en el Sermón del Monte, siempre recuerde que el Señor Jesús se está dirigiendo a personas económicamente más pobres que los que estamos aquí, porque les está enseñando que, cumpliendo la voluntad de Dios, ellos pueden confiar y descansar en Él, sabiendo que Él suplirá todas sus necesidades (v.33).

Para entender este relato Bíblico, hay dos palabras que son clave: corazón y tesoro. El *corazón*, como dije la semana pasada es el centro de las emociones, de los sentimientos, de lo que le apasiona y le motiva; el corazón es el centro de los pensamientos y de la voluntad. La palabra griega *tesoro* que se utiliza aquí se refiere a un *cofre del tesoro*, como cuando los magos de Oriente abrieron sus tesoros para ofrecérselos al niño Jesús (Mt. 2:11), o como cuando el Señor Jesús se refirió al padre de familia que saca de su tesoro cosas nuevas y viejas (Mt. 13:52). El corazón es el almacén de tesoros.

¿Y qué es un tesoro? El DRAE dice que es “*persona o cosa, o conjunto de suma de cosas, de mucho precio o muy dignas de estimación*”. El Wikipedia dice que es “*una concentración de riqueza (especialmente la de metales preciosos, piedras preciosas, monedas, joyas, obras de arte o cualquier otro bien económico de escasez relativa) perdida o sin usar. Su finalidad es servir de depósito de valor económico*”. Lo relaciona además con algo que se guarda en secreto. Con esto en mente, veamos los tres versículos de hoy.

*“No os hagáis tesoros en la tierra, donde la polilla y el orín corrompen, y donde ladrones minan y hurtan” (v.19).*

Como ya vimos, un tesoro es algo de mucho valor y estimación, algo que se cuida mucho porque no se quiere perder. Sus tesoros pertenecen a una de estas dos categorías: o pertenecen a la tierra, o pertenecen al cielo; pero definitivamente no pertenecen a los dos de acuerdo a lo que nos enseña el Señor hoy a través de su Palabra, porque Él es muy enfático cuando dice: “*No os hagáis*”. El verbo está en tiempo presente, lo cual significa una acción continua, es decir, todos los días; y está en modo imperativo, lo cual significa una orden, es decir, no es una opción para el creyente. Más adelante dirá que no se puede servir a dos señores (v.24).

Dice el Señor que los tesoros terrenales siempre corren el riesgo de perderse por alguna razón dependiendo del tipo de tesoro que se trate; y corren el riesgo de ser robados por los ladrones. El problema es que la

persona tenía puesta toda su felicidad en esos tesoros y, ahora que los ha perdido, no le queda nada; su motivación de felicidad se acabó. Algunos caerán en una profunda depresión y otros buscarán hasta quitarse la vida; pero otros cuantos se levantarán de nuevo para empezar desde cero.

¿Qué está diciendo el Señor Jesús, que es malo tener o querer tener una buena casa, o un buen carro, o trabajar duro para después disfrutar de unas buenas vacaciones? Por supuesto que no. El Señor no se refiere a eso. Cuando dice “*no os hagáis*”, el verbo *hagáis* también se puede traducir como *acumular*. El acumular, acumular y acumular sin usar, es llamado en la Biblia avaricia. Esto es muy diferente al ahorro, porque el ahorro tiene un destino. Esto es acumular para tener más y más.

*“sino haceos tesoros en el cielo, donde ni la polilla ni el orín corrompen, y donde ladrones no minan ni hurtan” (v.20).*

En cambio, dice el Señor que los tesoros que hacemos en el cielo no tienen posibilidad alguna de pérdida. Nadie los puede arrebatarnos. Los tesoros en el cielo tienen un rendimiento siempre en aumento; son incorruptibles y seguros, a diferencia de los tesoros en la tierra. Los tesoros en el cielo son la mejor inversión que podemos hacer. Pero, tal vez se pregunte: ¿Qué son y cómo hacemos tesoros en el cielo? Cuatro versículos nos ayudan a encontrar la respuesta.

Un joven rico se acercó con el Señor Jesús y le preguntó qué debía hacer para ganar la vida eterna. El Señor le respondió que guardara los mandamientos de la Ley de Dios. El joven, queriendo presumir, le dijo que eso ya lo hacía desde que era pequeño y le preguntó qué más debía de hacer. Entonces el Señor le contestó: “*...Si quieres ser perfecto, anda, vende lo que tienes, y dalo a los pobres, y tendrás tesoro en el cielo; y ven y sígueme” (Mt. 19:21)*. ¿Entonces tengo que venderlo todo y quedarme sin nada para darlo a los pobres y ser así seguidor del Señor Jesucristo? No, esto no es lo que quiere decir el texto. En primer lugar, el cielo no se gana, es un regalo de Dios que se toma o no se toma. Lo que quiere decir es que si de verdad usted cree que todo lo que tiene es gracias a Dios y que a Él le pertenece, entonces usted está dispuest@ a hacer con ese dinero y esas posesiones lo que Él le pida que haga. El sentido del texto es el no aferrarse a las cosas materiales, a no depender de ellas, y que nuestra felicidad no esté en función de ellas, porque desvían nuestra atención de Dios al ya no ser Él nuestra prioridad. El texto, lo que nos enseña, es a ser desprendidos y generosos con la mirada puesta en el Reino de los Cielos.

Hablando el Señor Jesús de la avaricia de un hombre que acumuló para sí riquezas y que nunca las aprovechó para beneficiar a nadie, dijo que un día morirá, ¿y de qué le sirvió acumular tanto? El Señor Jesús dijo: *“Así es el que hace para sí tesoro, y no es rico para con Dios”* (Lc. 12:21). Esta persona es un claro ejemplo de alguien que hizo tesoros en la tierra, los cuales son inseguros; y no en el cielo, que eran mucho mejor. Este hombre acumuló y acumuló para sí y no para darle gloria a Dios. Al final se fue sin nada. ¿De qué sirvió tanta acumulación?

A sus discípulos, el Señor les dijo algo muy similar a lo que estamos viendo hoy: *“No temáis, manada pequeña, porque a vuestro Padre le ha placido daros el reino. Vended lo que poseéis, y dad limosna; haceos bolsas que no se envejecan, tesoro en los cielos que no se agote, donde ladrón no llega, ni polilla destruye. Porque donde está vuestro tesoro, allí estará también vuestro corazón”* (Lc. 12:32-34). A ellos les dice que no tengan miedo de ser desprendidos de las cosas materiales, que den a los pobres. Ellos, los discípulos tienen algo más importante y eterno: el Reino de Dios.

El Apóstol San Pablo le dijo a Timoteo que enseñara a los ricos esto: *“A los ricos de este siglo manda que no sean altivos, ni pongan la esperanza en las riquezas, las cuales son inciertas, sino en el Dios vivo, que nos da todas las cosas en abundancia para que las disfrutemos. Que hagan bien, que sean ricos en buenas obras, dadivosos, generosos; atesorando para sí buen fundamento para lo por venir, que echen mano de la vida eterna”* (1Ti. 6:17-19).

Todos estos versículos tiene algo en común: hablan de no depender de las riquezas materiales de este mundo para ser felices. Hablan de la forma en que es o no es glorificado Dios a través de esas riquezas materiales que Él da y que pertenecen a Él (nosotros sólo somos administradores de esos bienes que Él nos da); y hablan de ser generosos con los más pobres y necesitados al darles, porque cuando damos al pobre, mostramos amor al Señor Jesús y mostramos al pobre y al necesitado el amor del Señor Jesucristo en acción. Recuerde, esto es parte del carácter de todo ciudadano del Reino.

*“Porque donde esté vuestro tesoro, allí estará también vuestro corazón”* (v.21).

¿En dónde está su tesoro? Allí mismo estará su corazón. En otras palabras, ¿en dónde invierte la mayor parte de su tiempo?, ¿qué es lo que le apasiona más?, ¿a dónde se van la mayoría de sus finanzas? Allí está su corazón, es decir, lo que le apasiona, lo que más le importa. ¿Está en

viajes, carros o en ropa y accesorios? ¿Está en el trabajo, en la televisión, en el internet? Allí está su corazón, o sea, lo que más le apasiona, lo que más le interesa. Otra vez, no estoy diciendo que estas cosas sean malas en sí mismas. Si tiene la oportunidad de tenerlas hágalo; han sido una bendición de Dios para usted; ni estoy diciendo que usted se debe quedar sin nada; ahorre si puede para el futuro. Lo que estoy diciendo es que si estas cosas están por encima de las cosas del Reino e “invierte” en las cosas del Reino solamente lo que le sobra, allí está su corazón; entonces solo está haciendo tesoros en la tierra y se está perdiendo de hacer la mejor inversión de su vida.

Las bendiciones que nos da Dios son para glorificarle a Él y lo glorificamos cuando somos obedientes en el buen uso de las finanzas. Hay otras formas de glorificar a Dios, pero en este relato que estamos viendo hoy, el Señor Jesús se está refiriendo específicamente al buen uso de las finanzas como una forma de ser agradecidos a Dios por sus bendiciones y glorificarle a Él. Las bendiciones que Dios nos da son para que las compartamos y mostremos así el amor de Jesucristo en acción y el Evangelio se extienda por todas partes.

### **Conclusión.**

Este es uno de esos mensajes difíciles de predicar; no porque la Palabra de Dios sea difícil, sino porque algunos han abusado de su interpretación. Este es uno de esos mensajes en que alguna gente pueda pensar: *“Oh, ahí van otra vez para sacarme mi dinero”*. Esta clase de pensamiento se puede deber a una de dos razones: O usted todavía está aferrad@ a las cosas materiales y al dinero. Le entregó su vida a Cristo y se la confió para la vida eterna, pero no le entregó su cartera ni le confía sus finanzas. O bien, usted ya está cansad@ de tanto abuso por parte de algunos pseudo pastores que predicando esta clase de mensajes aprovechan para meter las manos a los bolsos y a las carteras de usted y exprimirles todo en el “Nombre del Señor”. Y después los ve con automóviles de lujo, mansiones millonarias y ropa de marca.

Pero note que el Señor no está hablando de darle su dinero al pastor o a los líderes de la iglesia. Está hablando de ser generosos al dar al pobre y al necesitado. Los primeros cristianos traían sus bienes y los depositaban a los pies de los Apóstoles para que estos los repartieran entre la iglesia. Y dice la Palabra que no había entre ellos ningún necesitado (*Hch. 4:32-37*). Es verdad que ahora el contexto es diferente

por cuanto en aquel tiempo los creyentes en Cristo eran considerados como traidores a la nación, a la religión y a Dios, y eran considerados como apóstatas de la fe. Entonces eran despedidos de sus trabajos y nadie les quería dar empleo; aún sus propias familias los rechazaban. Hoy no ocurren las cosas así, gracias a Dios, por lo menos en nuestro contexto cultural (en algunos lugares como en los países musulmanes todavía sigue siendo así), pero el principio que se enseña sigue siendo el mismo: creer y reconocer que Dios es el dueño de todo lo que tengo, incluyendo mi dinero, y si Él es el dueño, yo debo ser obediente en la forma en que Él me dice que lo utilice. Y la forma en que Él me dice que lo utilice es siendo generoso, muy generoso, con el pobre y el necesitado. De esta manera estaremos glorificando a Dios y haciendo tesoros en el cielo.

Usted entrega dinero en la iglesia para que sus líderes lo administren en el buen funcionamiento de la congregación y en el cumplimiento de la Gran Comisión de nuestro Señor Jesucristo (*Mt. 28:19-20*), es decir, para la expansión del Evangelio y para que la iglesia muestre al mundo el amor del Señor Jesucristo en acción. Si la iglesia y sus líderes no cumplen con esto sino que todo lo consumen ellos mismos, para su propio enriquecimiento, su deber es salir de allí corriendo y, al salir, sacúdase los pies en señal de desaprobación.

La frase *tesoro en el cielo*, tiene el sentido de una recompensa de parte de Dios para toda persona que pueda creer y se mantenga siempre firme en la fe, fiel al Señor y obediente a su Palabra, y mi oración es que usted y yo podamos ser uno de ellos. Se hacen tesoros en el cielo cuando nuestro corazón, es decir, cuando nuestra pasión, cuando nuestros deseos, cuando nuestro esfuerzo y cuando toda nuestra voluntad, están puestos en las cosas del Reino y cuando nuestra mirada está puesta en la eternidad. Sí, ahí hay una recompensa grande de parte de Dios para la eternidad; pero en la tierra habrá también gran bendición porque como dijo el Apóstol San Pablo: *“No nos cansemos, pues, de hacer bien; porque a su tiempo segaremos, si no desmayamos. Así que, según tengamos oportunidad, hagamos bien a todos, y mayormente a los de la familia de la fe (Gl. 6:9-10). También dijo: “Pero esto digo: El que **siembra** escasamente, también segará escasamente; y el que **siembra** generosamente, generosamente también segará” (2Co. 9:6)*. Ahora sí, nuevamente vuelvo a preguntar: ¿Qué lugar ocupa Dios en su vida?, ¿Cuánto lo ama y qué prioridad tiene en su vida? ¿Lo cambiaría por algo o por alguien más? La respuesta determina en dónde está su tesoro y ahí es donde está su corazón. Amén... Vamos a orar...